Hotel Plaisirs

Yazmín Euvett Cardiel Gallegos

Capítulo 1

-Olga, despierta

Estaba casi dormida, pero tenía un compromiso con un cliente importante esa noche, debía prepararse. “Vestimenta formal” Olga interpretó la nota como mejor le pareció, nunca había decepcionado a alguno de sus clientes.

Un par de horas después llegó al hotel Plaisirs, fue escoltada por el personal de seguridad hasta la entrada de la suite presidencial. Llamó a la puerta, que de inmediato fue abierta, entró, uno de los guardias avanzó para dejar la maleta de Olga; acto seguido la puerta detrás de ella dejaba afuera al personal para permitir la privacidad requerida.

Aquella suite era majestuosa, techos de doble altura, sala y comedor para más de 10 personas, Olga contó 3 recámaras, seguramente majestuosas, una cama con un precioso dosel se dejaba ver al fondo de una de ellas.

La recibió un hombre alto, de tez morena clara, vestido con un traje sencillo pero elegante, extendió su mano para dirigirla hacia aquella habitación. Al interior le ofreció asiento en un mullido sillón estilo Luis XVI, en él, Olga se sintió regia, se conjugaba a la perfección aquel asiento con su vestimenta. Llevaba un vestido largo de un tono azul eléctrico, hombros y espalda descubiertos, su pelo se elevaba sobre su nuca en un moño sencillo y unos pendientes largos rozaban sus clavículas.

Un momento después de sentarse apareció un violinista, comenzó una melodía conocida para ella desde la infancia, Invierno de Vivaldi.

-¿Deseas una copa de vino?-dijo amablemente.

-Me agradaría-sonrió ella, mirándole a los ojos.

-¿Disfrutas la música clásica?

-Indudablemente, en especial a Vivaldi-la mentira que dijo parecía no haber sido descubierta por su acompañante.

Mantuvieron la conversación mientras la melodía continuaba, intercambiaron sus nombres, el de él era Augusto, se notaba complacido por la ejecución y buscaba a cada momento ver en los ojos de Olga, ver en sus expresiones la reacción a la música.

Ella no podía ocultar su mirada taciturna, su rostro dejaba ver, a pesar de que ella se esforzara por ocultarlo, una expresión de melancolía, al

percibirlo, Augusto pidió al músico que se detuviera y se retirara.

-Creo que la música ha sido suficiente

El contenido de la copa de Olga había disminuido a la mitad, él la retiró de su mano y la invitó a acompañarlo a la terraza.

Mientras observaba el cielo, Olga hubiera deseado la capacidad para disfrutarlo.

Augusto se situó detrás de ella, aspiraba el aroma que su piel ofrecía y la besó en el cuello tan delicadamente que logró hacerla estremecer. Al tiempo que abrazaba su cintura recorría con la punta de su lengua el espacio entre su hombro y su clavícula -nunca antes un cliente la había tratado de forma tan fina, casi afectuosa- no sabía cómo conducirse, parecía que este era uno de esos juegos elaborados que suponen una actuación precisa, así que esperó para corresponder el proceder de su acompañante; -rodea mi cuello con tus brazos- Augusto la levantó suavemente, se condujo con ella hacia la habitación principal, la confió en el mullido colchón con cuidado de que su cabeza se ubicara sobre los finos almohadones que adornaban la cama.

Con un gesto de su mirada solicitó permiso para remover sus zapatillas y luego de consentirlo Olga pudo sentir el leve roce de aquellos dedos que detuvieron su camino al interior de sus muslos debajo de su vestido.

-Me encantaría ver tu cuerpo, ¿podrías mostrármelo?-prendida de esa actitud y con una expresión casi inocente, concentró su mirada y asintió. Se incorporó lentamente y al erigirse a un lado de la cama ella volteó su cabeza dirigiendo su barbilla hacia su hombro, con un gesto en su mirada le hizo saber que precisaba su asistencia para conseguir esa tarea. Antes de deslizar el cierre que despojara a Olga de aquel vestido, Augusto paseó el dorso de su mano a lo largo de su espalda, una sensación eléctrica la poseyó, ansiaba que los minutos avanzaran tan rápido como su deseo.

Pronto la prenda que unos segundos antes la cubría descendió hasta caer al suelo, un momento después, aún de espaldas y con su cabeza dirigida a su acompañante, Olga ofreció una mirada en dirección a sus pies, debía asegurar que la braga de encaje que portaba fuera vista por él, aquella fina prenda era ahora su único vestido, indudablemente Augusto se complacía en verla, y sin dejar de hacerlo se despojó de su traje. Cuando lo había hecho, ella se encontraba ya frente a él, que se acercó rápida pero sutilmente para besarla, un beso con seguridad que la tenía a la expectativa de su siguiente acto. Volvió a levantarla del suelo, en esta ocasión ella lo abrazó con sus piernas mientras no dejaban de besarse, se detuvo en un sofá, no pudo soportar más, desapareció el último atavío que Olga portaba para hundirse en su profundidad con la firmeza de su ambición, ambos estaban extasiados, sus rostros reflejaban el más puro

placer que incrementó a la vez que los embates se volvieron más pausados, él entraba y salía de su cuerpo sosegado hasta un punto que parecía imposible, ella pensaba que no podría más, que un orgasmo la ahogaría antes de cualquier cosa, pero él se detuvo, así como esa posibilidad. La alzó de nuevo para llevarla a una cómoda del otro lado de la habitación, ahí volvió a adentrarse en ella, nuevamente con velocidad y luego retomando la calma; a un lado de ellos había un espejo, ambos parecieron advertirlo al mismo tiempo, unieron sus miradas en el reflejo de sus cuerpos para ahogarse al unísono.

Unos minutos después, Augusto, con Olga en sus brazos se mudó a la cama, ambos casi se desplomaron jadeantes en aquella superficie, tan pronto recuperó su aliento, Olga se abandonó a un sueño profundo, lejos del Invierno.

Sus ojos se abrieron para darse cuenta que afuera aún había obscuridad, estaba sola en la cama, desnuda, no había nadie en la habitación, una calma exagerada le hizo sentir una pesada incertidumbre. Alguien abrió la puerta, era Augusto, vestía su traje nuevamente, detrás de él el violinista se dirigió a donde horas antes había estado, interpretaba ahora Primavera, Olga extrañada miró a aquél dudosa, asustada, no sabía qué hacer, ¿se suponía acaso que esto fuera parte del juego que había comenzado antes?

Sin importar cuál fuera la expectativa de Augusto buscó cubrirse con una sábana, seguía tratando de obtener alguna pista en su mirada sobre lo que esperaba de ella, se encontraba confundida, nunca había dormido en una cita con un cliente y pensó que esta había sido la peor ocasión para hacerlo.

El se sentó en el sofá que había a un lado de la cama, no dejó de verla aunque ahora no lo hacía como antes lo había hecho, no dijo nada cuando otro hombre entró en la habitación, alguien desconocido para Olga. Ella estaba cada vez más nerviosa, más aún cuando ese individuo se dirigió a donde se encontraba, Olga quiso huir sujetando la sábana con que se había cubierto, ese hombre la jaló y con ese impulso impidió que bajara siquiera de la cama, antes de que pudiera volver a intentarlo, se precipitó sobre ella y sujetó sus muñecas contra el colchón.

En ese momento gritó, ni el violinista, ni aquél hombre, tampoco Augusto se había turbado ante ello, estaba básicamente inmóvil, buscando en la mirada de quien la había recibido hacía unas horas alguna respuesta, suplicando que hiciera algo para permitir que fuera liberada, y no fue así, ese individuo corpulento extendió su lengua sobre su rostro y Olga no pudo más que llorar, sus lágrimas descendían infructuosas por su rostro.

El hombre que la sujetaba había desabrochado su pantalón, la penetró de manera violenta, más aún por el forcejeo que ella había emprendido, la

música continuaba con una tranquilidad contraria a lo que sucedía, unos minutos después el hombre que la sometía se detuvo, con algunos movimientos logró voltearla, no sin que Olga tratara de soltarse, Augusto observaba todo sin conmoción alguna, el hombre que aprisionaba a Olga arremetió nuevamente su cuerpo contra ella, en esta ocasión, sus gritos fueron silenciados por almohadas, fueron algunos minutos más de gritos velados e inútiles intentos de escape que se redujeron como la fuerza de ella, minutos que parecían interminables, pero que de alguna forma sucedieron, aquel hombre soltó al fin a Olga, se retiró de la cama y salió, detrás de él el violinista abandonó la habitación.

Para ese momento ella no tenía energía, y sin embargo, como pudo se puso en pie, tomó del suelo al lado de la cama su vestido, se cubrió con el y se recargó en una pared tratando de protegerse, Augusto, que se mantenía sereno le dijo: -no hay más que requiera, puedes irte- Olga salió de la habitación y buscó su maleta, sacó lo que consideró para vestirse y se lo puso, se dirigió a la salida, un guardia abría la puerta por la que salió, tan pronto se pudo recomponer un poco en el pasillo sacó su celular para hacer una llamada, ni bien había llegado a la recepción había un auto esperándola, lo abordó, quería dejar ese lugar a la brevedad, aunque sabía que lo que había sucedido no dejaría su pensamiento.

Llegó a la casa, corrió a su habitación y cerró con llave, sacó una navaja del cajón de la mesita de noche, hizo tantos cortes como dolor experimentaba, y aún así no entendió como no pudo hundirla, mientras la sangre y las lágrimas corrían, abrazó sus rodillas acostada en el suelo, no supo cuando se quedó dormida.